

«¿Usted ha visto serpientes adivinas, no es verdad?»

»—Monseñor querrá hablar de las boas, pero no las hay en Egipto ni en Túnez, únicos puntos de Africa en donde he estado. Donde he visto muchas serpientes ha sido en América.

»—¡Oh! sí — dijo la princesa Luisa—, la culebra de cascabel, en el *Genio del Cristianismo*.»

Me incliné para dar gracias a la princesa.

«—Pero, ¿ha visto usted muchas otras serpientes? — prosiguió Enrique—. ¿Son muy malas?»

»—Algunas son muy peligrosas, monseñor, otras no tienen veneno y se las hace bailar.»

Los dos príncipes se acercaron a mí con alegría, teniendo fijos en los míos sus cuatro hermosos ojos brillantes.

«—Además, hay la serpiente de vidrio — dije—, que es magnífica y nada dañina, tiene la transparencia y la fragilidad del vidrio y se la hace pedazos tan pronto como se la toca.

»—¿No pueden volver a juntarse los pedazos? — preguntó el príncipe.

»—No, hermano — contestó por mí la princesa.

»—¿Fué usted a la catarata del Niágara? — prosiguió Enrique—. Debe hacer un ruido terrible. ¿Se puede bajar a ella en barquilla?»

»—Monseñor, un americano se divirtió en precipitar en ella una barca grande; dícese que otro se arrojó él mismo a la catarata y que la primera vez no pereció, pero, al intentarlo la segunda, se mató.»

Ambos príncipes levantaron las manos y exclamaron:

«—¡Oh!

»—El señor de Chateaubriand —dijo la señora de Gontaut— ha estado en Egipto y en Jerusalén.»

La princesa palmoteó y se me acercó más todavía, diciendo:

«—Señor de Chateaubriand, hable a mi hermano de las pirámides y del sepulcro de Nuestro Señor.»

Hice lo mejor que pude una relación de las pirámides, del santo sepulcro, del Jordán y de la Tierra Santa. La atención de los príncipes era admirable: la princesa, con los codos apoyados casi en mis rodillas, tenía en ambas manos su hermosa cara, y Enrique, encaramado en un sillón alto para oír mejor, meneaba

sus piernas, que, como las tenía caídas, le bailaban.

Después de esta agradable conversación de serpientes, de cataratas, pirámides y Santo Sepulcro, me dijo la princesa:

«—¿Me quiere usted hacer una pregunta de historia?»

»—¿Cómo de historia?»

»—Sí, pregúnteme de una época, la más obscura de toda la historia de Francia, excepto del siglo décimo séptimo y décimo octavo que no hemos empezado todavía.

»—¡Oh! yo — exclamó Enrique— prefiero una época célebre; pregúnteme algo de una época célebre.»

Estaba menos seguro que su hermana. Empezando por obedecer a la princesa, dije:

«—¡Pues bien! ¿Tendrá la bondad de decirme la princesa lo que ocurría y quién reinaba en Francia en 1001?»

Era curioso ver discurrir al hermano y a la hermana, Enrique tocándose el tupé y la princesa tapándose la cara con ambas manos, manera que le es familiar, como si jugase al escondite; luego, descubriendo su semblante joven y alegre, su boca risueña y sus miradas cristalinas, dijo la primera:

«—Era Roberto quien reinaba, Gregorio V era papa, Basilio III emperador de Oriente...

»—Y Otón III emperador de Occidente — gritó Enrique apresurándose para no quedar detrás de su hermana, y añadió—: Beremundo II en España.»

La princesa, interrumpiéndole, dijo:

«—Ethelred en Inglaterra.

»—No — rectificó su hermano—, era Edmundo, *Costilla de Hierro*.»

La princesa tenía razón; Enrique se equivocaba en algunos años a favor de *Costilla de Hierro* que le había encantado; pero no por eso dejaba de ser menos prodigioso.

«—¿Y mi época célebre? — preguntó Enrique con un tono medio apesadumbrado.

»—Es justo, monseñor: ¿qué ocurrió en el año 1593?»

»—¡Vaya! — exclamó el joven príncipe—. La abjuración de Enrique IV.»

La princesa se puso colorada por no haber respondido la primera.

Dieron las ocho, y la voz del barón de Damas abrevió nuestra conversación, como cuando el martillo del reloj, al dar

las diez, suspendía los pasos de mi padre en la sala grande de Combourg.

¡Amables príncipes! ¡el anciano cruzado os ha contado las aventuras de la Palestina, pero no en el hogar del palacio de la reina Blanca! Para encontrarlos, ha venido con su bastón de palma y sus sandalias llenas de polvo al helado sol extranjero. En vano cantó Blondel al pie de la torre de los duques de Austria; su voz no pudo volverlos a abrir los caminos de la patria. Jóvenes proscriptos, el viajero por tierras lejanas, os ha ocultado una parte de su historia; pues no os ha dicho que poeta y profeta llevó tras sí en los bosques de la Florida y en las montañas de la Judea tantas desesperaciones, tristezas y pasiones, como esperanza, alegría e inocencia tenéis, y que hubo un día en que, como Julián, arrojó su sangre al cielo, sangre de la cual el Dios de la misericordia le ha conservado algunas gotas para rescatar las que había entregado al dios de maldición.

Así que el ayo se llevaba al príncipe, me invitó éste a su lección de historia, fijada para el lunes siguiente a las once de la mañana. La señora de Gontaut se retiró con la princesa.

Entonces empezó una escena de otro género: el trono futuro, en la persona de un niño, acababa de mezclarme en sus juegos; el trono pasado, en la persona de un anciano, me hizo asistir a los suyos. Entre el rey y el Delfín, el duque de Blacas y el cardenal Latil, empezó una partida de whist, alumbrada por dos bujías en el rincón de una sala obscura, de la que éramos únicos testigos el caballero O'Hégerty y yo. El crepúsculo mezclaba su palidez con la de las bujías a través de las ventanas cuyos postigos no estaban cerrados: la monarquía se extinguía entre estas dos luces moribundas. Excepto el roce de las cartas y algunos gritos del rey que se enfadaba, reinaba un profundo silencio. A fin de aliviar la adversidad de Carlos VI se renovaron las cartas de los Lati; pero, en tiempo de Carlos X, no existen ya Ogier ni Lahire para dar sus nombres a estas distracciones del infortunio.

Acabado el juego me dió el rey las buenas noches. Pasé las salas desiertas y sombrías que había atravesado la víspera, las mismas escaleras, los mismos patios y las mismas guardias, y, habiendo bajado los declives de la colina, volví a

mi fonda después de haber andado perdido en las calles y en la noche. Carlos X quedaba encerrado entre las masas negras que yo dejaba: nada es capaz de pintar la tristeza de su abandono y de sus años.

Praga, 27 de mayo de 1833.

Yo tenía gran necesidad de acostarme; pero el barón Capelle, que había llegado de Holanda y vivía en un cuarto próximo al mío, vino a verme.

Cuando el torrente cae de alto, el abismo que ahonda y en el que se absorbe, fija la miradas e inspira miedo; pero a los ministros cuya mano débil dejó caer al abismo la corona de San Luis, como si los torrentes debieran volver a sacarla, no les tengo lástima alguna. Aquellos ministros que pretenden haberse opuesto a los decretos son los más culpables, y los que dicen haber sido más moderados son los menos inocentes; ¿por qué, si tan claro veían, no se retiraban? «No quisieron abandonar al rey; el Delfín les trató de cobardes.» Mala excusa; no pudieron separarse de sus carteras, y, por más que digan, en el fondo de esta catástrofe inmensa no hay otra cosa. Y, ¡qué hermosa serenidad después del acontecimiento! El uno escribe mal sobre la historia de Inglaterra, después de haber arreglado tan bien la historia de Francia; el otro lamenta la vida y la muerte del duque de Reichstadt, después de haber enviado a Praga al duque de Burdeos.

Yo conocía al señor Capelle; es justo acordarse que se había quedado pobre, que sus pretensiones no excedían a su valor y que de muy buena gana habría dicho como Luciano: «Si venís a escucharme esperando respirar el ámbar y oír el canto del cisne, pongo a los dioses por testigos que jamás he hablado de mí en términos tan magníficos.» Mas, en el tiempo actual, la modestia es una cualidad rara, y la única culpa del señor Capelle es haberse dejado nombrar ministro.

Recibí la visita del barón de Damas: las virtudes de este bravo oficial se le habían subido a la cabeza y una congestión religiosa le comprimía el cerebro. Hay asociaciones fatales: el duque de Rivière recomendó al morir al señor de Damas por ayo del duque de Burdeos, siendo miembro de esta asociación de intrigantes el príncipe de Polignac. La in-



capacidad es una francmasonería cuyas logías están en todo país y tiene calabozos cuyas puertas abre y en los cuales hace desaparecer los Estados.

Era tan natural la servidumbre en la corte, que el señor de Damas, al elegir al señor de La Villatte, no había querido concederle jamás otro título que el de primer ayuda de cámara de monseñor el duque de Burdeos. A primera vista, tomé afición a este militar de retorcidos bigotes canosos, dogo fiel, encargado de ladrar alrededor de su carnero; porque pertenecía a aquellos leales *porta-granada* que estimaba el pavoroso mariscal de Montluc, y de quienes decía: «En ellos no hay trastienda.» El señor de La Villatte será despedido por su sinceridad y no por su sequedad, porque la sequedad de cuartel se compone, y a menudo la adulación de campamento humea la lisonja de un modo independiente. Mas, en casa del bravo veterano de quien hablo, todo era franqueza; habría retirado con honor su bigote, si por él hubiese recibido 30.000 piastras como Juan de Castro. Su figura áspera no era más que la expresión de la libertad, advirtiendo únicamente con su porte que estaba dispuesto. Los florentinos, antes de poner su ejército en marcha, lo prevenían al enemigo con el tañido de la campana Martinella.

Praga, 27 de mayo de 1833.

Había formado el proyecto de oír misa en la catedral, en el recinto de los castillos; mas, habiéndome entretenido los visitantes, sólo tuve tiempo para ir a la basílica que fué de los jesuitas, en la que se cantaba con acompañamiento de órgano. Cerca de mí había una mujer, que tenía una voz cuyo acento me hizo volver la cabeza; esta mujer, en el momento de la comunión, se cubrió el rostro con ambas manos y no fué a la santa mesa.

¡Ay de mí! He examinado muchas iglesias en las cuatro partes de la tierra, sin haber podido despojarme, ni aun en el sepulcro del Salvador, del rudo cilicio de mis pensamientos. He pintado a Aben-Hamet errante en la mezquita cristiana de Córdoba: «El entrevió al pie de una columna una figura inmóvil, que desde luego tomó por una estatua sobre un sepulcro.»

El original de este caballero que entrevió Aben-Hamet era un fraile, que yo

había encontrado en la iglesia del Escorial y cuya fe había envidiado. ¿Quién sabe, sin embargo, las tempestades que se desencadenaban en el interior de aquella alma tan recogida, y qué súplica subía hacia *el pontífice santo e inocente*? En la desierta sacristía del Escorial acababa yo de admirar una de las más bellas vírgenes de Murillo, cuando encontré una mujer que me mostró al religioso, sordo al ruido de las pasiones que atravesaban junto a él el formidable silencio del santuario.

Después de haber oído misa en Praga, mandé a buscar una calesa y tomé el camino trazado en las antiguas fortificaciones y por el que suben los coches a palacio. Ocupábanse en trazar los jardines sobre aquellas murallas. Dentro de cuarenta años la eufonía de un bosque reemplazará en ellas el fracaso de la batalla de Praga y el todo será muy hermoso. ¡Permita Dios que Enrique V no permanezca aquí bastante tiempo para disfrutar de la sombra de las hojas que no han nacido aún!

Al día siguiente, antes de comer en casa del gobernador, creí que tenía el deber de cortesía de visitar a la condesa de Chotek, a quien, aun cuando no me hubiese citado de memoria pasajes de mis escritos, habría encontrado amable y bella.

Fuí a la tertulia de la señora de Guiche, donde encontré al general Skrzynecki y a su esposa, y aquél me contó la insurrección de Polonia y el combate de Ostrolenka.

Cuando me levanté para salir, el general me pidió permiso para estrechar mi venerable mano, y abrazar al *patriarca de la libertad de imprenta*, y su esposa quiso abrazar en mí al autor de *El Genio del Cristianismo*: la monarquía recibió con toda la efusión del alma el beso fraternal de la República. Experimenté una satisfacción de hombre honrado y me alegré de despertar con diferentes títulos nobles simpatías en corazones extranjeros al ser estrechado sucesivamente contra el seno del esposo y de la esposa por la libertad y la religión.

El lunes 27 por la mañana, la *oposición* vino a decirme que no vería al joven príncipe, porque el señor Damas había cansado a su discípulo llevándolo de iglesia en iglesia a las estaciones del jubileo. Este cansancio servía de pretexto a un asueto y motivaba un viaje al campo: se me quería ocultar al príncipe.

Empleé la mañana recorriendo la ciudad, y a las cinco de la tarde fui a comer a casa del conde de Chotek.

COMIDA EN CASA DEL CONDE DE CHOTECK. — PENTECOSTÉS. — EL DUQUE DE BLACAS. — EPISODIOS. — DESCRIPCIÓN DE PRAGA. — TICO BRAHE. — PERDITA. — CONTINUACIÓN DE LOS EPISODIOS. — DE LA BOHEMIA. — LITERATURA ESLAVA Y NEO-LATINA. — ME DESPIDO DEL REY. — ADIOSES. — CARTA DE LOS INFANTES A SU MADRE. — UN JUDÍO. — LA CRIADA SAJONA.

La casa del conde de Chotek, edificada por su padre (que fué también gran burgrave de Bohemia), tiene exteriormente la forma de una capilla gótica: nada hay original hoy día, todo es copia. Desde el salón se ven los jardines, que descienden en declive a un valle, siendo la luz triste y el sol pardusco como en aquellos fondos angulosos de las montañas del Norte, en los que la naturaleza, despojada de sus adornos, lleva el cilicio.

La mesa estaba puesta en el *pleasure-ground*, bajo los árboles, y, como comimos sin sombrero, mi cabeza, que tantas tempestades insultaron llevándose mi cabellera, era sensible al soplo del viento. Aun cuando me esforzaba por estar atento a la comida, no podía prescindir de mirar los pájaros y las nubes que volaban encima del festín; pasajeros embarcados en las brisas y que tienen relaciones secretas con mis destinos; viajeros, objetos de mi deseo y cuyo viaje aéreo no pueden seguir mis ojos sin una especie de enternecimiento; de modo, que estaba más en sociedad con aquellos comensales que erraban por el cielo, que con los convidados sentados a mi lado en la tierra; ¡dichosos anacoretas que por *dapifero* tenéis un cuervo!

No puedo hablaros de la sociedad de Praga, puesto que no la vi más que en esta comida. Había en ella una mujer, según se aseguraba, muy de moda en Viena y muy espiritual, que me pareció agria y tonta, aunque tuviese todavía algo de joven, como aquellos árboles que en verano conservan los racimos secos de la flor que tuvieron en primavera.

Por consiguiente, no conozco más costumbres de ese país que las del siglo xvi, referidas por Bassompierre, quien amó a Ana Esther, de diez y ocho años de edad, y viuda hacía seis meses; pasó cinco días

y seis noches disfrazado y escondido en un cuarto al lado de su dama, y jugó a la pelota en Hradschin con Wallenstein. Yo, no siendo Wallenstein ni Bassompierre, no aspiraba al imperio ni al amor; a más de que, queriendo las Esther modernas a los Asueros, que puedan, por disfrazados que estén, desprenderse de noche de sus dominós, uno no se quita la máscara de los años.

Praga, 27 de mayo de 1833.

Al salir de la comida, a las siete de la tarde, me fuí a palacio, en donde encontré las personas de la víspera, excepto al duque de Burdeos, que se decía enfermo de resultas de las estaciones del domingo. El rey estaba medio echado en un sofá y la princesa sentada en una silla, apoyada en las rodillas de Carlos X, que acariciaba el brazo de su nieta contándole cuentos que ella escuchaba con atención. Cuando entré me miró sonriendo, como una persona razonable que me hubiera querido decir: «Es preciso que divierta a mi abuelo.»

«Chateaubriand — exclamó el rey —, ¿cómo no os vi ayer?»

«Señor, se me avisó demasiado tarde que V. M. me había hecho el honor de convidarme a comer; además, era el domingo de Pentecostés, día en que no me es permitido ver a V. M.»

«¿Cómo es esto? — preguntó el rey.»

«Señor, hace nueve años que, presentándome en palacio el día de Pentecostés para hacerlos la corte, no se me dejó entrar.»

Carlos X pareció conmovido.

«No se os echará del palacio de Praga.»

«No, señor, puesto que no veo aquí aquellos buenos servidores que me despidieron el día de la prosperidad.»

Empezó el whist y acabó la jornada.

Después de la partida, devolví al duque de Blacas la visita que me había hecho.

«El rey — me dijo — me ha prevenido que teníamos que hablar.»

Respondíle que, no habiendo el rey juzgado a propósito el convocar su consejo ante el cual habría podido desarrollar mis ideas sobre el porvenir de Francia y la mayoría del duque de Burdeos, no tenía nada que decir.

«S. M. no tiene consejo — replicó el señor de Blacas con una risa temblona y unos ojos muy satisfechos de sí



mismo—. No tiene más que a mí, sólo a mí.»

El gran maestro del guardarropa tiene la más alta idea de sí mismo: enfermedad francesa. Si se le oye, lo hace y lo puede todo; casó a la duquesa de Berry; dispone de los reyes; hace de Metternich lo que quiere; tiene a Nesselrode cogido por los cabezones; reina en Italia; tiene su nombre grabado en un obelisco en Roma; en su bolsillo tiene las llaves de los cónclaves; los tres últimos papas le deben su exaltación; conoce tan bien la opinión y mide tan bien su ambición por sus fuerzas, que, acompañando a la duquesa de Berry, se había hecho dar un diploma que le nombraba jefe del consejo de regencia, primer ministro y ministro de Estado. Y he aquí cómo comprenden estas pobres gentes a Francia y el siglo.

No obstante, el señor de Blacas es el más inteligente y más moderado de la facción. En conversación, es razonable y es siempre de vuestro parecer: «Usted piensa esto. Precisamente es lo que decía ayer. Tenemos absolutamente las mismas ideas.» Se lamenta de su esclavitud, está cansado de los asuntos y quisiera habitar un rincón de la tierra desconocido, para morir allí en paz lejos del mundo. En cuanto a su influencia sobre Carlos X, no le habléis de ella, porque se cree que le domina: ¡error! El no tiene influencia alguna sobre el rey, que no le escucha, y niega por la mañana una cosa que por la tarde concede, cambiando de parecer sin saber por qué. Cuando el señor de Blacas cuenta estas cosas, dice *verdad*, porque jamás contraría al rey, pero no es *sincero*, porque él no inspira a Carlos X más que voluntades de acuerdo con las inclinaciones de este príncipe.

Por lo demás, el señor de Blacas tiene valor y honor, no deja de tener generosidad y es adicto y fiel. Rozándose con la alta aristocracia y al adquirir riqueza, ha tomado sus maneras. Es de muy buena familia, porque descende de una casa pobre, pero antigua, conocida en la poesía y en las armas. La afectación de sus modales, su gravedad y su rigorismo de etiqueta conservan a sus dueños una nobleza que se pierde muy fácilmente en el infortunio: al menos, en el museo de Praga, la inflexibilidad de la armadura tiene en pie un cuerpo que se caería. El señor de Blacas no carece de cierta actividad, pues despacha rápidamente los

negocios comunes y es ordenado y metódico. Inteligente bastante ilustrado en algunos ramos de arqueología, amante de las artes sin imaginación y libertino a la *glace*, no se conmueve ni por sus pasiones; de manera que su serenidad sería una cualidad del hombre de Estado, si aquella no fuese más que su confianza en su talento y éste no hiciera traición a aquella: en él se conoce a un aborto de gran señor como se le conoce en su paisano La Valette, duque de Epernon.

Habrà o no restauración; si la hay, el señor de Blacas volverá a adquirir destinos y honores; si no la hay, la fortuna del gran maestro del guardarropa está casi toda fuera de Francia; Carlos X y Luis XIX morirán, el señor de Blacas será muy anciano y sus hijos serán los compañeros del príncipe desterrado, ilustres extranjeros en cortes extranjeras: ¡por todo ello alabado sea Dios!

De esta manera, la Revolución, que elevó y perdió a Bonaparte, habrá enriquecido al señor de Blacas: esto compensa. El señor de Blacas, con la figura larga, inmóvil y descolorida, es el empresario de las pompas fúnebres de la monarquía, puesto que la ha enterrado en Hartwell y en Gante, la ha vuelto a enterrar en Edimburgo, y la enterrará nuevamente en Praga o en otra parte, velando siempre los restos de los altos y poderosos difuntos, como los habitantes de las costas que recogen los objetos que el mar arroja a sus playas después de un naufragio.

Praga, 28 y 29 de mayo de 1833.

Como el martes, 28, no se dió la lección de historia a que debía asistir a las once, me encontré libre para recorrer o más bien para volver a ver la ciudad que ya había visto y vuelto a ver yendo y viniendo.

No sé por qué me había figurado que Praga estaba metida en una hondonada de montañas que daban su negra sombra a un tarugo de casas en forma de calderos; siendo así que Praga es una ciudad alegre en la que veinticinco o treinta torres y campanarios elegantes forman pirámides, cuya arquitectura recuerda una ciudad del renacimiento. El largo dominio de los emperadores en los países cisalpinos llenó a Alemania de artistas de estos países, resultando de ahí que las aldeas austriacas son las aldeas de Lombardía, de Toscana, o de la tie-

rra firme de Venecia; de modo que uno se creería en casa de un aldeano italiano, si en los cortijos de grandes habitaciones desnudas un poeta no substituyera al sol.

La vista que se disfruta desde las ventanas del palacio es agradable: por una parte se ven los verjeles de un reciente valle, de pendiente verde, cercado por los dentellados muros de la ciudad, que bajan hasta el Moldau, poco más o menos como los muros de Roma bajan del Vaticano al Tiber; por otra, se descubre la ciudad atravesada por el río, el cual está hermojado por una isla situada hacia arriba y abraza otra hacia abajo, separándose del arrabal del Norte. El Moldau desagua en el Elba, de manera que, si me hubiera embarcado en una lancha en el puente de Praga, habría podido desembarcarme en el puente Real de París; mas, no siendo yo la obra de los siglos y de los reyes, ni teniendo el peso ni la duración del obelisco que el Nilo envía ahora al Sena, bastaría para remolcar mi galera el cinturón de la Vestal y del Tiber.

El puente del Moldau, construído de madera en 795 por Mnata, se ha vuelto a hacer de piedra en épocas distintas. Mientras yo medía este puente, Carlos X caminaba por su acera, llevando un paraguas debajo del brazo, en compañía de su hijo, que parecía un *cicerone* de alquiler. En el *Conservador* había dicho que *nos pondríamos en la ventana para ver pasar la monarquía*; yo la veía pasar por el puente de Praga.

En las construcciones que componen Hradschin vense salas históricas y museos, de cuyas paredes cuelgan los retratos restaurados y las bruñidas armas de los duques y reyes de Bohemia. No lejos de las masas informes, se elevaba un hermoso edificio adornado con uno de los elegantes pórticos del *cinquecento*, cuya arquitectura tiene el inconveniente de estar en desacuerdo con el clima. ¡Si al menos, durante los inviernos de Bohemia, se pudieran poner estos palacios italianos en un invernadero con las palmeras! A mí me preocupaba siempre la idea del frío que debían ellos tener de noche.

Praga, sitiada a menudo, tomada y vuelta a tomar, nos es conocida militarmente por la batalla de su nombre y por la retirada en que se encontraba Vauvengues. Los baluartes de la ciudad están derribados, y los fosos del castillo, del lado de la alta llanura, forman una

estrecha y profunda rasa poblada en la actualidad de álamos blancos. En tiempo de la guerra de los Treinta Años, dichos fosos estaban llenos de agua, y al entrar los protestantes en el castillo el 23 de mayo de 1618, echaron por la ventana a dos señores católicos con el secretario de Estado: salváronse los tres, y el secretario de Estado, como hombre bien educado, pidió mil perdones a uno de los dos señores por haber caído sin decoro encima de él. En el mes de mayo de 1833 no se tiene la misma educación; no sé lo que yo diría en semejante caso, a pesar de haber sido secretario de Estado.

Tico Brahe murió en Praga: ¿quisierais por toda su ciencia tener como él una nariz postiza de cera o de plata? Tico se consolaba en Bohemia, como Carlos X, mirando el cielo; el astrónomo miraba la obra, el rey adora al artífice. La estrella que apareció en 1572 (extinguida en 1574), que pasó sucesivamente del blanco brillante al amarillo rojo de Marte y al blanco aplomado de Saturno, ofreció a las observaciones de Tico Brahe el espectáculo del incendio de un mundo. ¿Qué es la revolución cuyo soplo ha impelido al hermano de Luis XVI a la tumba del Newton dinamarqués, comparada con la destrucción de un globo, llevada a cabo en menos de dos años? El general Moreau vino a Praga a tratar con el emperador de Rusia una restauración que aquél no debía ver.

Si Praga estuviese a orillas del mar, no habría nada más hermoso; así Shakespeare toca la Bohemia con su varilla y la hace un país marítimo:

«¿Estás cierto — dice *Antigono* a un marinero, en el *Cuento de invierno*—, que nuestro buque ha llegado a los desiertos de la Bohemia?»

*Antigono* baja a tierra, encargado de abandonar a una niña a quien dirige estas palabras:

«¡Flor! prospera aquí... La tempestad empieza... Parece que debe ser arrullada rudamente.»

¿No parece haber Shakespeare referido de antemano la historia de la princesa Luisa, de esta tierna flor, de esta nueva *Perdita*, transportada a los desiertos de Bohemia?

Praga, 28 y 29 de mayo de 1833.

En la historia de Bohemia, todo es sangre, confusión y catástrofes. Seis du-



ques y reyes, en medio de las guerras civiles luchan con sus súbditos o lidian a brazo partido con los duques y reyes de Silesia, Sajonia, Polonia, Moravia, Hungría, Austria y Baviera.

Durante el reinado de Venceslao VI, que ponía en el asador a su cocinero cuando no había asado bien una liebre, se levantó Juan Huss, quien, habiendo estudiado en Oxford, trajo de allí la doctrina de Wiclef. Los protestantes, que buscaban por todas partes antepasados sin poderlos encontrar, refieren que Juan cantó y profetizó la venida de Lutero, de lo alto de su hoguera.

«El mundo lleno de acrimonia—dice Bossuet—, dió a luz a Lutero y a Calvino, que acantonan la cristiandad.»

De las luchas cristianas y paganas, de las herejías precoces de la Bohemia y de las importaciones de intereses y costumbres extranjeras, resultó una confusión favorable a la mentira. Bohemia pasó por el país de los hechiceros.

Las antiguas poesías descubiertas en 1817 por Hanka, bibliotecario del museo de Praga, en los archivos de la iglesia de Benignhof, son célebres. Ampère, joven que me complazco en citar, hijo de un sabio ilustre, ha dado a conocer el genio de esos cantos, y Celakowsky ha traducido las canciones populares al idioma eslavo.

Los polacos encuentran afeminado el dialecto bohemio; ésta es la cuestión del dórico y del jónico. El bajo bretón de Vannes trata de bárbaro al bajo bretón de Treguier. El eslavo, lo mismo que el magiar, se presta a todas las traducciones: también mi pobre *Atala* se atavió con un vestido de punto de Hungría y llevó un dormán armenio y un velo árabe.

En Bohemia ha florecido otra literatura, la latina moderna. El príncipe de esta literatura, Bohuslas Hassenstein, barón de Lobkowitz, nació en 1462, se embarcó en 1490 en Venecia, y visitó a Grecia, Siria, Arabia y Egipto. Lobkowitz recorrió esos lugares célebres 326 años antes que yo, y, como lord Byron, cantó su peregrinación. ¡Con qué diferencia de carácter, corazón, ideas y costumbres, hemos meditado, con más de tres siglos de intervalo, sobre las mismas ruinas y bajo el mismo sol, Lobkowitz, bohemio; lord Byron inglés, y yo, natural de Francia!

Cuando Lobkowitz hizo el viaje, aun estaban en pie monumentos admirables, que después han sido derribados. Debía

ser un espectáculo sorprendente el de la barbarie en toda su energía, teniendo bajo sus pies la civilización abatida con los genizaros de Mahomet II, ebrios de opio, victorias y mujeres, con la cimitarra en la mano y festoneada la frente con el sangriento turbante, escalonados para el asalto sobre las ruinas de Egipto y de Grecia. Yo he visto la misma barbarie, entre las mismas ruinas bregar bajo los pies de la civilización.

Recorriendo la ciudad y los arrabales de Praga, las cosas que acabo de decir se fijaban en mi memoria, como las pinturas de una óptica en un lienzo. Mas, en cualquier punto que me encontrase, veía Hradschin y al rey de Francia apoyado en las ventanas de ese palacio, como un fantasma dominando todas esas sombras.

Praga, 29 de mayo de 1833.

Después de reconocer a Praga, fui a comer a palacio el 29 de mayo a las seis de la tarde. Carlos X estaba muy alegre, y, al levantarse de la mesa, sentándose en el sofá del salón, me dijo:

«—¿Sabe, Chateaubriand, que el *Nacional* que ha llegado esta mañana, declara que tenía derecho a dar mis decretos?»

«—Señor — respondí —, V. M. echa piedras en mi jardín.»

El rey, indeciso, vacilaba; después, decidiéndose, agregó:

«—Tengo algo que decirle: en la Cámara de los Pares, en la primera parte de su discurso, me maltrató usted en extremo.»

Y en seguida, sin darme tiempo para contestar, exclamó:

«—¡Oh! ¡el fin! ¡el fin!... el sepulcro vacío en San Dionisio... ¡Es admirable!... ¡está muy bien! muy bien... no hablemos más de ello. No he querido callar esto... se ha concluido.»

Y se disculpaba por haberse atrevido a decir estas pocas palabras.

Yo besé con respeto religioso la real mano.

«—No sé qué decirle — replicó Carlos X—. Tal vez hice mal en no defenderme en Rambouillet, porque todavía tenía grandes recursos; mas, no queriendo que por mí se derramase sangre, me retiré.»

Sin combatir esta noble excusa, contesté:

«—Señor, Bonaparte se retiró dos veces como V. M., a fin de no prolongar los males de Francia.»

Así escudaba la debilidad de mi rey anciano con la gloria de Napoleón.

Habiendo llegado los príncipes, nos acercamos a ellos. El rey habló de la edad de la princesa:

«—¡Cómo, picarilla — exclamó él —, tenéis ya catorce años!»

«—¡Oh, cuando tenga los quince! — dijo la princesa.»

«—Y bien, ¿qué haréis?» — dijo el rey. La princesa no supo qué responder.

Carlos X refirió alguna cosa:

«—No me acuerdo — dijo el duque de Burdeos.»

«—Lo creo — respondió el rey —, porque esto tenía lugar el día mismo de vuestro nacimiento.»

«—¡Oh! — replicó Enrique —, ¡hace, pues, mucho tiempo!»

La princesa, inclinando un poco la cabeza sobre su hombro, dirigiendo la cara a su hermano, en tanto que oblicuamente me miraba a mí, dijo con un gestito irónico:

«—¿Hace, pues, mucho tiempo que nacisteis?»

Al retirarse los príncipes, como yo debía partir aquella noche, saludé al huérfano y le dije adiós en francés, en inglés y en alemán. ¡Cuántos idiomas sabrá Enrique para referir sus errantes miserias y para pedir pan y un asilo al extranjero!

Al empezar la partida de whist, tomé órdenes de S. M.

«—Va usted a ver a la Delfina en Carlsbad — dijo Carlos X—. Buen viaje, mi querido Chateaubriand. Ya sabremos de usted por los periódicos.»

Fuí de puerta en puerta a ofrecer mis últimos respetos a los habitantes de palacio, y en la habitación de la señora Gontaut vi otra vez a la princesa, que me entregó para su madre una carta al pie de la cual había algunas líneas de Enrique.

Debía partir el 30 a las cinco de la mañana, para lo cual el conde de Chotek había tenido la bondad de hacer cargar los caballos en el camino; mas diversas cosas me detuvieron hasta el mediodía.

Siendo portador de una carta de crédito de 2.000 francos, pagadera en Praga, me presenté en casa de un grueso y pequeño gato judío que dió gritos de admiración al verme, y llamó en su auxilio a su esposa, quien muy baja, muy gruesa y muy negra, con dos brazos como alas, vino corriendo o más bien rodando

hasta mis pies y se sentó enfrente de mí, mirándome con sus ojos redondos. Aun cuando el Mesías hubiera entrado por la ventana, esta Raquel no habría parecido más alegre; creíame amenazado de una *Aléluya*. El agente de cambios me ofreció su fortuna, cartas de crédito para toda la existencia de la dispersión israelita y añadió que me enviaría los dos mil francos a la fonda.

El 29 por la noche no estaba contada la cantidad; el 30 por la mañana, cuando los caballos estaban ya enganchados, llegó un encargado con un paquete de asignados, papel de diferente origen, que pierde más o menos en la plaza y que no tiene curso fuera de los Estados austriacos. Mi cuenta estaba detallada en una nota, que tenía por saldo, *buena plata*. Quédeme asombrado:

«—¿Qué quiere usted que haga de esto? — pregunté al encargado—. ¿Cómo podré, con este papel, pagar las postas y el gasto de las posadas?»

El encargado fué corriendo a pedir explicaciones; vino un segundo, que me hizo cálculos sin fin, y habiéndole despedido, un tercero me trajo escudos de Brabante y partí con la intención de precaverme en adelante de la ternura que pueda inspirar a las hijas de Jerusalén.

Abajo a la puerta, mi calesa estaba rodeada por los criados de la fonda, entre los cuales había una hermosa criada sajona, que, siempre que tenía un momento libre, iba corriendo al piano. Suplicad a Leonarda del Limosin, o a Frasquita de la Picardía que os toque o cante en el piano *Tanti palpiti* o la *Plegaria de Moisés*.

LO QUE DEJO EN PRAGA. — EL DUQUE DE BURDEOS

Praga y viaje, 29 y 30 de mayo de 1833.

Había entrado en Praga con grandes temores. Me había dicho: Para perdernos, basta a menudo a Dios que nos entregue nuestra suerte; pues, aun cuando él hace milagros a favor de los hombres, les abandona su conducción, sin lo cual sería él quien gobernaría en persona. Pues bien, los hombres hacen malograr los frutos de estos milagros. En este mundo no siempre se castiga el crimen, pero sí las faltas, porque, siendo aquél de la naturaleza infinita y general del hombre, únicamente conoce su esencia el cielo, y algunas veces se reserva el